

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA ENCANTADORA CIRCE

POR MAE MURRAY Y JAMES KIRKWOOD

N.º 36

(NÚMERO ESPECIAL)

50 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año I

Núm. 36

LA ENCANTADORA
== CIRCE ==

Magnífica producción cinematográfica,
interpretada por la eximia artista frívola
MAE MURRAY, la elegante, la ex-
quisita, secundada por el eminente actor
JAMES KIRKWOOD, insuperable
dramático.

Superproducción: Metro-Goldwyn

Exclusiva de

Metro-Goldwyn Corporation
Rambla de Cataluña, 122 — BARCELONA



La encantadora Circe

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En tiempos de la risueña Helade, los poetas entonaron cantos a la incomparable hermosura de Circe, la encantadora, la maga, hija del Sol.

Los hechizos de la deslumbradora mujer atrajeron a muchos hombres que iban a rendirle homenaje de admiración fervorosa.

Circe los esclavizó con su belleza e hizo uso de sus artes mágicas para convertirlos en cerdos.

Entre las víctimas de Circe figuraron los compañeros del prudente Ulises.

La encantadora Circe floreció en tiempos de la mitología; en los actuales, y en una playa

de Long Island, vivía otra hechicera en la que parecía resucitar el fatal poder que tuvo aquélla.



...los poetas entonaron cantos a la incomparable hermosura de Circe, la encantadora, la maga, hija del Sol.

Nuestra Circe, Cecilia Brunner, era una vidora que se aprovechaba de la tontería hu-

mana para lograr lo más que podía a cambio de lo menos que le era posible dar.

La mansión de Cecilia tenía abiertas siempre sus puertas para los pródigos y disipados, que acudían a ella en tropel, envidiosas las mujeres de su belleza, y enamorados de sus gracias divinas los hombres.

Conozcamos a algunos de los incondicionales invitados de la hábil coqueta.

En primer lugar, como nota irónica, presentemos a "Madame" Du Selle, un modisto de temperamento demasiado artístico para que no hubiera en él mucho de femenino. En palabras menos abstractas: un ridículo afeminado.

Sigamos luego con Archibaldo Crumm, o el "tío Juanito" como todos le llamaban familiarmente: un abogado al que se excluyó del foro y que empleaba ahora su erudición en triquiñuelas para aconsejar a Cecilia a fin de que se mantuviese siempre dentro de la Ley. Experimentado por la pobreza con la que había llegado a la vejez, el "tío Juanito" procuraba servir fielmente a la hermosa, reconociéndose ya inhábil para nuevas empresas, y

Cecilia no tenía más que palabras de alabanza para la conducta del mismo.

También como nota curiosa, dirijamos nuestra vista hacia esa convidada que adopta ese aire de indiferencia para todo y para todos. ¿Es una mujer? ¡Qué enigma! No lo parece. El pelo corto, desacertado remedo de la original moda *à la garçonne*, una boquilla humeante en los incoloros labios, ojerosa, con gestos sin armonía, de todo tenía el aspecto excepto de mujer. ¿Acaso una escritora bolchevique? ¿Tal vez una feminista convencida? *Chi lo sá!*

Esa cacatúa se dirigió a la dueña de la casa, desde el sitio que ocupaba en la magnífica mesa en torno a la cual se acogían todas las pasiones, desde las más sentimentales hasta las más desenfrenadas, cohibidas éstas tan sólo por el temor a un tropiezo del que se resentiría su vanidad, y le dijo, después de echar un vistazo al banquete:

—Es la primera vez que veo un sitio vacío en su mesa de usted, Cecilia.

La Circe disimuló el desagrado que le había causado la indicación de la de las melenas

caídas, sonriendo, como siempre, y esquivó la respuesta.

La tarjeta que había encima del cubierto del sitio inocupado, decía el nombre del doctor Van Martyn, célebre cirujano que vivía en la quinta vecina.

Una pareja que hacía buenas migas, comentó:

—Apuesto la próxima mensualidad que ha de pagarme mi adorable ex marido a que el célebre cirujano no asoma por aquí en toda la noche.

—¿Le conoce usted, Gilda?

Esta movió la cabeza en sentido afirmativo, y con voz misteriosa, y ayudándose con los ojos, llenos de malicia, se ocupó, con su amigo, del aludido doctor.

Cecilia luchaba con sus nervios, cada vez más tirantes, pues a medida que pasaba el tiempo se aferraban con más bríos las dudas de que el cirujano se decidiese a aceptar la invitación que le había enviado por la mañana. Su daño era doble con las habladurías de sus invitados...

A izquierda de Cecilia se sentaba Blas

Ballard, un corredor de Bolsa que dedicaba los días a los negocios y las noches a la encantadora Circe, cuya conquista sería la mayor victoria de su vida en todos los terrenos.

—Usted, que siempre es encantadora, se supera esta noche a sí misma, Cecilia—le susurró una de las veces que pudo dirigirle la palabra.

La codiciada mujer sonrió, tomándolo todo en broma.

Pero Blas sentía que la realidad tardaba en llegar; y que no era posible seguir consumiéndose de deseo en la intolerable espera.

Llevado de su exaltación amorosa, el bolsista cogió una mano de la bella y acaricióla con fruición, deseando leer en los ojos de ella aquiescencia a darle una esperanza.

Cecilia, con inimitable destreza, libró su mano de la presión de la de Blas, y deliciosamente oportuna le hizo algunos mimos, como si los hubiera hecho una madre a un chiquillo que se resistiera a estarse quieto, y para conseguirlo.

Blas no pudo menos de conformarse con seguir esperando, y alguien hubo que se alegró

de que Cecilia no se decidiese por otro que no fuera él.

Sentimental tenía que ser el que suspiró viendo como Cecilia apartaba su mano de Blas. Y lo era. Llamábase Geofredo Graig, cuya única ocupación era gastar alegremente el caudal paterno, y cuya juventud estaba henchida de apasionado amor por la maga. Muchas habían sido las aventuras del rico heredero, pero, al fin, había caído en las redes del capricho de Cecilia, por cuyo amor sería capaz de las peores barbaridades, si ella se lo mandase. Sentimental y necio: sinónimos.

La velada fué transecurriendo plácidamente para unos y otros, poniendo, por turno, cada cual, sobre la mesa, la cuestión a tratar, entre sonrisas o burlas de los oyentes, éstas veladas por la discreción.

Todos eran amigos en apariencia; pero nada tan firme como la hipocresía. Cuando no era la mujer de uno lo que se deseaba, era su fortuna o su talento o sus títulos. Nadie se consideraba satisfecho con lo que poseía. El que conseguía más de una sonrisa de Cecilia,

se volvía, de repente, enemigo de los demás, por obra de los demás mismos.

Cecilia conocía de sobra a todos sus amigos, y haciendo caso a todos, no hacía caso a ninguno y quedaba siempre en buen terreno.

A poco, cuando Cecilia ya desesperaba de ver en su casa a su vecino el cirujano, éste se presentó en la suntuosa morada del placer. Un criado cuidó de avisar su llegada a la dueña, y no necesita de comentario la satisfacción que experimentó ella al considerar que había vencido. Y dijo a la convidada que se permitió apostar a que el doctor no acudiría a la invitación:

—Ha perdido usted la apuesta, Gilda, porque el doctor sí ha asomado por aquí. Ahí está, esperándome. ¿Qué le parece?

Había en las palabras de Cecilia esa alegría que no se puede ocultar cuando el corazón desborda de dicha.

Gilda se apresuró a disculparse por la suposición que había hecho, y mostróse, por pura forma, sumamente complacida de la llegada, aunque tardía, del invitado de honor.

Cecilia, disgustando íntimamente a Geofre-

do y Blas, acudió a recibir al cirujano, hombre muy formal, enamorado de su profesión, que había transformado en culto, y que, sin ser un enemigo de la sociedad que se muestra indiferente con el dolor, rehuía el contacto de la misma para dedicarse única y exclusivamente a lo bueno del mundo. Es decir, un hombre relativamente joven encerrado en las bellas teorías del bien, insensible a la tentación del oropel fascinador.

Varias veces había tratado Cecilia de recibir su visita cuando su casa bullía en fiesta, no consiguiéndolo jamás, exculpándose el sabio con sus obligaciones.

Por ese motivo, la aparición de aquel ser extraordinario causó a Cecilia una sorpresa nunca sentida, un bienestar que la estremecía toda de gratitud a sí misma, porque estaba convencida de que era su belleza la que había logrado el resonante triunfo.

Apenas la vió llegar a sí, el doctor, tras un respetuoso saludo, dijo a Cecilia, implorándole el perdón con la mirada:

—Deploro mucho haber llegado con tanto retraso, pero me fué imposible evitarlo.

Cecilia, que en su alegría no sabía qué hacer, qué posición adoptar, ni qué decir, tan interesada estaba en agradar al doctor, se dejaba dominar por los nervios, convirtiéndose en una muñeca caprichosísima.

—¡Ay, doctor! ¿Y a qué obedeció la tardanza? Me tuvo usted muy intranquila. No puede imaginárselo.

—Mis enfermos, señora... mis pobres amigos.

—Venga, venga... Le están esperando todos con impaciencia por conocerle.

El cirujano, empujado por Cecilia, entró en el esplendente salón donde se celebraba el banquete, cuyo objeto no era otro que el de brindar por un día más del año, y sentóse a su derecha, frente a Blas, causando su presencia mucha frialdad en el resto de los invitados. No era como ellos. Allí no había nadie tímido. Nadie sabía ser serio. Y el doctor parecía un juez.

Sin embargo, al ser presentado por Cecilia, los invitados dedicáronle amables frases y expresivas sonrisas.

Los que más enojo tenían de ver junto a Cecilia al doctor, eran Craig y Blas, por cuyo

derecho exclusivo a ella lucharían ambos sin cesar.

La mujer de la melena *à la négligée*, modelo de neurasténicas, suplicó al doctor que contase algo acerca de las operaciones tan interesantes que él hacía en los hospitales, sin que lo consiguiera, pues en opinión del sabio no era aquel el momento más oportuno para hablar de cosas graves y tristes... que, además, no interesaban.

Cecilia, toda a rodear de atención al doctor, dispúsose a llenarle una copa de licor. Rechazóla aquél, agradeciendo la fineza, y la Círcé insistió.

—Beba sin miedo. Es legítimo y estaba embotellado antes de que la Ley Antialcohólica pusiera de moda el alcohol de madera.

—Siento no poderle ser agradable, señorita Cecilia. No bebo nada absolutamente.

El modisto, que contemplaba con ojitos de "doncella" al cirujano, exclamó, acompañándose con gestos ¡ay! de niña boba:

—¡Ay, hija, eso no es hombre sino un angelito acabado de bajar del cielo!

Eso era una broma. Pésima para el doctor.

Muy graciosa para los demás. Pero aquél hizo menos caso de ella que del que la había hecho, pues miró al modisto con curiosidad, para convencerse de que la voz correspondía al tipo...

Después, Cecilia cogió al doctor por su cuenta, y, coqueteando con toda su alma, así le habló:

—¿Acostumbra usted culpar siempre a sus enfermos cuando llega a alguna parte después de la hora, doctor Van Martyn?

—Si se refiere usted a mi tardanza en venir a su casa, le aseguro que, realmente, me fué imposible llegar antes; más aún, no debería estar aquí... pero como ya le había prometido a usted que vendría...

—¿De veras? Vaya, acabará usted por hacer que me sienta muy orgullosa... ¿Partamos el panecillo?

El doctor cogió un extremo del pan, Cecilia el otro y, ya partido, le tocó a ésta la menor parte, ante lo cual dijo a aquél:

—¡Cuidado! Le ha tocado a usted el pedazo mayor; y eso, según dicen, es señal de que le esperan grandes tristezas, de las que yo, que fué con la que partió el pan, seré la causa.

—No soy supersticioso—respondió incrédulo el cirujano.

—El tiempo nos dará la razón.

En este momento, Cecilia interrumpió la plá-



—No soy supersticioso.

—El tiempo nos dará la razón.

tica con el doctor, porque se anunciaban nuevos admiradores.

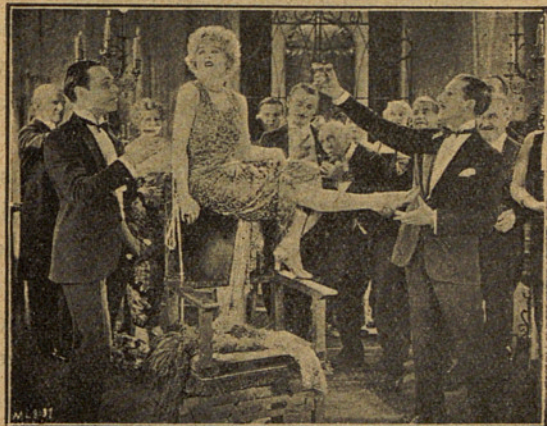
Uno de los invitados que llegaba casi siempre con mucho retraso, era un opulento financiero, a quien se le conocía por el sobrenombre

de "el papá de los dólares". Adorador de Cecilia, obsequiábala muy a menudo con joyas de gran valor, que ella aceptaba con mucho agrado.

Aquella noche, el millonario le regaló una pulsera de brillantes, costosísima, con la que ella, haciendo locuras con todos, para llamar la atención del doctor, a quien no cesaba de dirigir sus seductoras miradas, se adornó una pierna, permitiéndole al generoso admirador que se la abrochase él mismo. Para ello, encastró sobre el dosel de un sillón de cuero, estiró la pierna objeto del adorno hacia "el papá de los dólares", éste cumplió ufano su cometido, y los celos, que ardían en el pecho de Blas con más violencia que en el de Craig, porque el amor que ambos sentían por Cecilia era muy distinto en la forma, aunque idéntico en el fondo, obligaron al bolsista a apartar al viejo rico, ocupando él su lugar, brindando con Craig y otros invitados, por la hermosura de Cecilia.

"El papá de los dólares" tenía sobrado motivo para enfadarse con Blas, pero Cecilia, que estaba en todo, a pesar de que fingía no ver

nada, para no dar importancia a ciertas cosas, pues no le convenía, evitó un frente a frente de hombre a hombre, acogándose a un juego muy original para distraer a todos sus invi-



...brindando con Craig y otros invitados, por la hermosura de Circe.

tados.

—¿Quiénes se atreven a jugar a "Haz-lo-que-vieres"?—gritó echando a correr hacia una rumoreante cascada situada al fondo del salón y cuyas aguas caían, límpidas y cabrilleantes, en una taza de mármol.

Varios admiradores la siguieron, pero al ver que ella entraba en el agua bañándose hasta medio cuerpo antes de alcanzar un artístico montículo de piedra colocado al pie de la cascada como adorno o trono de la sirena que moraba en la casa, todos desistieron de su propósito de imitarla, todos excepto el bokista y Craig, los que compitieron en llegar antes a la vera de la codiciada mujer.

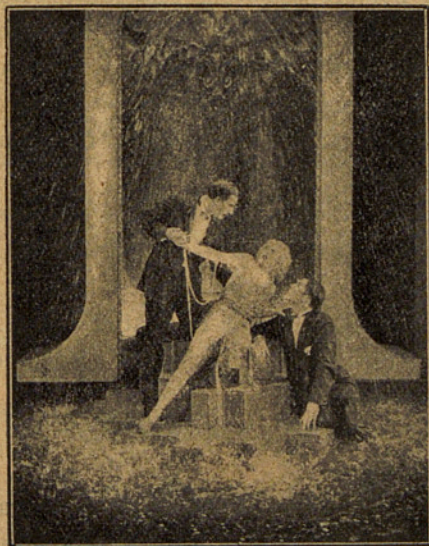
Cuando lo consiguieron, el enamorado brusco—Blas—pretendió besar a la fuerza a Cecilia, en tanto que Craig, más vasallo de ella, le suplicaba sus caricias.

Cecilia, un tanto asustada ante la actitud decidida de Blas, se hizo atrás, apoyándose en un hombro de Craig para no caer. Al hacer eso, puso al descubierto una de sus armoniosas piernas hasta el muslo, causando la admiración de los espectadores. También entre éstos se contaba el doctor Martyn, aunque pronto apartó su vista de esa obra de arte, para retirarse.

Al fin pudo Cecilia escapar a sus locos adoradores y, al dirigirse hacia sus habitaciones

íntimas, situadas en el piso superior de la casa, encontró al doctor en el vestíbulo.

Calada hasta los huesos, las formas de Ce-



Cecilia, un tanto asustada ante la actitud decidida de Blas, se hizo atrás...

cilia se acusaban llenas de vida. Cualquiera otro hombre que el doctor hubiera contemplado en éxtasis a la fascinadora dueña de aque-

lla dorada mansión. El cirujano, en cambio, procuraba fijar su vista en otros puntos... menos provocativos. ¿Por timidez? No. El sabio era un hombre como sus semejantes. Lo que había era que el respeto a la mujer estaba en el primer plano de su conciencia. Por eso Cecilia no conseguía cazarle con su descoco... y tal vez lo lograra si emplease a fondo su corazón. Pero...

—¿Le parecen a usted demasiado pesados nuestros juegos, doctor?—preguntóle la Circe, sin importarle la mojadura que llevaba encima, olvidándose de ella en plática con él.

El cirujano, imperturbable, respondió de una manera triste:

—No quiero arriesgarme a jugar con una Circe.

—¿No fué Circe la encantadora, o vampirisa como decimos hoy en día, que convirtió en lechoncillos a varios valerosos marinos?

—En efecto.

—Y hubo un marino al que ella no pudo fascinar. Se llamaba Ulises, ¿no es cierto?

—Ulises fué un hombre muy prudente.

—¡Bah! Me hubiese gustado conocer a ese

mortal. Hasta luego, doctor. Voy a cambiarme toda. Estoy inundada.

Cecilia subió lentamente las escaleras que conducían a sus habitaciones íntimas, reecán-dose en mirar al doctor, que la seguía con la vista.

Ya desaparecida, el cirujano marchóse de la casa hacia la suya, adonde llegó meditabundo y arrepentido de haber visitado a Cecilia.

En tanto, la Circe, en su *boudoir*, ayudada por su doncella negra de alma blanca, transformóse rápidamente, no quedando ni rastro de la mojadura, en la piel ni en el pelo, gracias a los artificios con que contaba.

Después, Cecilia dijo a su doncella de servicio:

—Tráeme un traje más sencillo; algo que pueda agradarle a un puritano.

Al decir eso, en su mente se alzaba la figura del doctor. Era para agradar a él por lo que iba a vestirse sin galas, modestamente dentro de la más exquisita finura. Porque Cecilia se gloriaba de jugar con los hombres como los niños juegan con los muñecos.

El "tío Juanito" estaba con Cecilia desde

que ésta hiciera su *toilette*, y al buen viejo le dijo ella, picarescamente:

—Fíjese para que vea cómo hipnotizo yo a



En tanto, la Circe, en su boudoir, ayudada por su doncella negra de alma blanca...

un gran cirujano.

—¿A quién, al doctor Van Martyn? Ha he-

cho usted tarde, amiga mía: se ha ido hace un momento.

—¿Se ha marchado, dice usted?

Como el "tío Juanito" confirmara su manifestación, Cecilia, enojadísima consigo misma, llamó al teléfono al doctor, y preguntóle dulcemente, pues desapareció su enfado al oír la voz del sabio:

—¿Acostumbran, en los salones que usted frecuenta, tomar el portante sin darle siquiera las buenas noches a la señora de la casa?

—Le daré a usted ahora las buenas noches.

—¿Tuvo usted miedo, que se fué como quien sale huyendo?

—¡Quién sabe! Las mujeres como usted son para mí un enigma.

La conversación fué seca por parte del cirujano, y en su última frase había la convicción absoluta de que Cecilia no era una mujer digna de interesar el corazón de un hombre, pues no cabía duda que se burlaba de todos.

Cecilia colgó el receptor en el aparato, y reconoció para sí que había en el doctor Van Martyn algo—ella trataba en vano de explicarse lo que pudiera ser—algo a la vez bonda-

doso y cruel, que la conmovía y hacía vibrar en su alma cuerdas que parecían haber enmudecido para siempre.

Resonantes aún en sus oídos las palabras del doctor: "las mujeres como usted...", Cecilia se entregó a sus pensamientos, y de lo pasado empezaron a surgir recuerdos en los que había miel de ilusión y amargura de lágrimas.

Y musitó tristemente:

—Las mujeres como yo...

Había en su exhalación piedad y reproche...

Adelantó una mano a un mueble, cogió un libro manuscrito, en cuya portada estaba escrita la indicación DIARIO.

Era su propio diario. La historia de su vida.

Abrió el sagrario del ayer, y leyó, al azar:

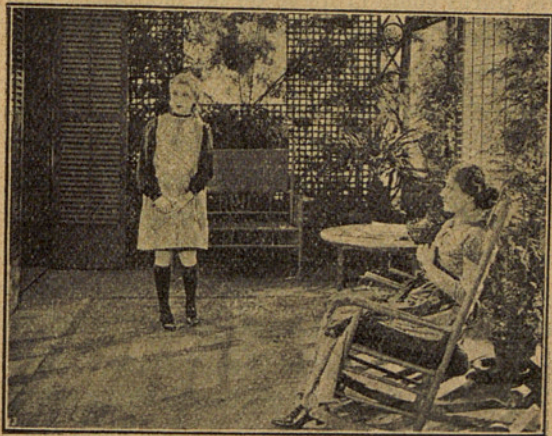
Nueva Orleans, 9 de abril de 1911.

La hermana Agata es muy buena y yo la quiero mucho. Me gustaría ser hermana y quedarme en este Convento del Sagrado Corazón toda la vida, pero cuando pienso en lo sola que se sentiría mi mamá sin mí, me falta valor.

Y Cecilia recordaba que, al salir del convento aquel día, con el paquete de libros col-

gando de una mano, encontró al repartidor del panadero del lugar, quien le dijo:

—¿Y una chiquilla tan bonita como usted va a vivir entre las cuatro paredes de un con-



...pero al llegar a pocos pasos de ella no tuvo valor para hablar.

vento? ¡No faltaba más! Venga un beso de esa boca de corales, preciosa.

Cecilia, que era entonces una niña, y cuya vocación religiosa se acentuaba cada día más en ella, se resistió a recibir el ultraje en los la-

bios como lo hubiera hecho cualquiera mujer digna, pero a pesar de ello el atrevido se salió con la suya.

El contacto de los labios del mozo en los suyos, puros como la nieve de las montañas, hizo estremecer de asco a la chiquilla, que, corriendo, llegó a su casa, junto a su madre. Quería contarle a ésta lo que acababa de ocurrirle... pero al llegar a pocos pasos de ella no tuvo valor para hablar. De pronto se echó a llorar. Era la vergüenza que asomaba a sus ojos al decidirse, al fin, a confesar el pecado.

—Mamá... Julián... ese mal educado... me ha besado en los labios... aquí... mamá... ¡Oh! Yo le di un empujón, pero él no me quiso soltar.

La madre de la escandalizada muchacha la acarició tiernamente, y le habló un poco acerca del mundo, de sus muchas flaquezas y de la entereza de que ha de revestirse una mujer para hacerse respetar.

Y en el diario, Cecilia había escrito:

Hoy me dijo mamá muchas cosas que me parecen muy raras y que no acabo de comprender. ¿Por qué no han de ser todas las personas

como las hermanas del convento que a nadie le hacen daño? El mundo me da miedo.

En otra página, el optimismo aliviaba su pena.

Estoy muy contenta al pensar que con lo que gano puedo ayudar a mamá. Mañana empezaré a desempeñar mi nuevo empleo en la carnicería de Pedro. Tengo que hacer todo lo posible por conservarlo porque ya son cuatro los que he perdido. ¿Qué será lo que me pasa? Trato de ser buena y practicar lo que me enseñaron las hermanas, y sin embargo... Dios quiera que yo le caiga en gracia a Pedro.

En efecto, al día siguiente de haber hecho ese apunte en el libro de su vida, Cecilia entraba de cajera en la carnicería de Pedro.

Pero el dueño del establecimiento, tan salvaje como los animales que despedazaba para la venta, se fijó en Cecilia, ante cuya frágil belleza encendiéndose en él una pasión brutal. Y una de las veces que le acometió el deseo de hacerle ciertas proposiciones a la niña y que tratara de convertirlo en realidad, ella supo detener sus bríos, mirándole con horror y repugnancia.

En vista del desprecio que le hacía la hermosa cajera, Pedro se vengó odiosamente.

—Si tiene usted tantas pretensiones y le pa-



Pero el dueño del establecimiento, tan salvaje como los animales que despedazaba para la venta, se fijó en Cecilia...

rece que vale demasiado para estar aquí, váyase a su casa.

No se hizo repetir Cecilia la frase de despedido, y salió de la tienda temblándole las piernas de temor, mientras Pedro, a través de la ventanilla de la caja, y recostado en el pupitre, la miraba con ojos de vicioso que no ha saciado un apetito.

Y al llegar a su casa, Cecilia confesó a su diario su pena.

Algún tiempo después, otra página encerraba amargas lágrimas:

Me ha faltado valor para escribir nada en este diario. ¡Qué sola y qué triste me siento, Dios mío! ¿Qué haré en el mundo ahora que me falta mi madre?

Luego:

Hoy fui a despedirme de mis maestras del Sagrado Corazón. La hermana Agata, siempre buena conmigo, me consiguió el puesto de señorita de compañía de la señora de Stone con la cual salgo hoy para Nueva York. Ella parece muy buena y estoy segura de que llegaré a quererla, pero el marido me da miedo. ¿Para qué habrá hombres en el mundo?

Y más adelante:

Tuve que dejar la colocación de la señora de

Stone, por culpa del marido. ¿Qué será ahora de mí?

Así Cecilia fué recorriendo su juventud, y llegó a una página en la que se rebelaba contra todo y contra todos, cansada ya de aguantar miserias.

Nueva York, 15 de junio de 1921.

La vida es una farsa, y la bondad y el amor palabras con las que nos engañan de niños.

El desengaño le había hecho abrir los ojos, y el deseo de practicar siempre el bien fué ahogado por la maldad ajena que insensibilizó, al fin, su corazón tan humano.

Y así decía otra página, con fuego de vencido que confía en la revancha:

Dicen que la mujer es la que paga siempre los platos rotos, pero lo que es yo no pagaré, aunque rompa toda la vajilla.

Desde entonces triunfó. Así es la vida. Acogota a los débiles, esos pájaros que tienen presos sus pies en el fango, y rinde honores a los que saben hacerle frente, esos mismos pájaros convertidos en águilas.

Aquí cesó Cecilia la lectura, y levantándose

y dirigiéndose a la ventana de su *boudoir* desde la que se divisaba la finca del cirujano, exclamó dolorida, arrojando el Diario por aquella abertura:

—¡Qué sabes tú lo que son las mujeres como yo!

Los recuerdos habían hecho daño a Cecilia, matando su alegría para el resto de la velada. Su casa estaba llena de admiradores que reclamaban su presencia. Sin embargo no volvería ya a la fiesta. Necesitaba reposo, pensar... Y dijo al "tío Juanito":

—Dígales a mis invitados que están en su casa y pueden hacer lo que quieran, pero que yo no bajaré.

En medio de sus remembranzas, surgía siempre, frente al mal, la figura del cirujano, que para Cecilia representaba el bien. Y ella sonreía a través de su aflicción.

El doctor Van Martyn dedicaba siempre los domingos a sus amiguitos, los niños inválidos.

El parque de su hermosa finca se convertía en campo de juego de los pobrecitos enfermos, con los que jugaba como si tuviera la edad de ellos.

Decididamente el cirujano era un bienhechor de la humanidad. Su más caro ideal sería, de disponer de capital suficiente, la cons-



En medio de sus remembranzas, surgía siempre, frente al mal, la figura del cirujano...

truección de un asilo para lisiados.

Cecilia había visto varias veces al doctor en su filantrópica tarea de divertir a los infeli-

ces niños, pero aquel domingo sintió en su alma, más que nunca, la emoción de la caridad que él les hacía.

Desde la noche en que la visitara en su casa, con motivo de la fiesta a la que le invitó, Cecilia no había vuelto a ver al doctor ni en la calle ni en el parque de su finca, por lo que esperó con impaciencia el domingo, pues sabía que, como todos los días festivos, se encontraría en aquél con sus amiguitos.

Cecilia contemplaba el juego de los inválidos con su protector, desde el límite del jardín de su casa, separado del de la finca del doctor por una tupida barrera vegetal verde oscuro, por la que ella asomó la cabeza sin conseguir llamar la atención de su vecino.

Ese día se convenció ella de que el doctor no iría a visitarla, y al día siguiente Cecilia resolvió ir en busca de él, en su propia casa, durante la consulta.

Tuvo que esperar bastante rato. Otros clientes habían llegado antes que ella. Cecilia estaba deslumbrante de hermosura ataviada con una alba y maravillosa creación parisiense. Parecía el hada de la pureza. Algunas señoras

que esperaban como ella, la miraban con envidia, criticando para sí o entre sí su soberbia, nota discordante del conjunto. Pero no era altivez esa forma de mirar que tenía Cecilia ni los gestos que solía hacer; sino *sans façon*, y nada más, indiferencia, consecuencia del ambiente en que vivía. En el fondo, tan humilde como la primera.

Durante la espera, y al punto de tocarle el turno a ella, Cecilia vió, sin ser vista por el doctor, una escena que la conmovió como sólo se conmueve una mujer buena.

He aquí lo que fué.

Abrióse la puerta del gabinete médico, y apareció en su umbral una mujer y el doctor con un niño en brazos.

El niño, un cojito recién operado por el doctor, lloraba con mucho sentimiento. También la mujer, su madre, aunque menos ostensiblemente.

El cirujano, cariñoso, levantó la carita del niño, y le dijo sonriente:

—No hubiera querido hacerte sufrir; vamos, riéte para estar seguro de que no me guardas rencor por eso.

El chiquillo, como reconociéndole de súbito un ingrato con el buen cirujano, le enlazó el cuello con sus bracitos, y le besó con ternura.

La madre besó también la mano del doctor, mientras éste seguía haciéndole caricias al enfermito.

Era tan dulce aquello, tan excelso, que Cecilia, sin poderlo remediar, sintió que de sus ojos brotaban lágrimas muy amargas y muy dulces a un mismo tiempo. Amargas de pensar en la desgracia del niño; dulces porque reconocían la bondad de aquel hombre con corazón de niño.

Cuando el cojito desapareció con su madre, el doctor reintegróse a su gabinete, y Cecilia, presurosa, pues le tocaba el turno, secó con polvos sus lágrimas, y siguió a la enfermera que la invitó a pasar al despacho del doctor, tratándose como se trataba de un nuevo cliente, como así lo había dicho a aquél, indicándole que se llamaba señorita Jones. En efecto; Cecilia se había presentado con un nombre supuesto.

Júzguese de la extrañeza del cirujano al ver a la propia Cecilia, la nueva Circe, en su clí-

nica, como enferma y usando un nombre desconocido.

No dispuesto a distraer el tiempo con ella cuando otros clientes le aguardaban con impaciencia, el doctor le preguntó a lo que había ido a verle y le reprochó el haberse presentado bajo otro nombre.

—Temí que si daba mi verdadero nombre no me recibiera usted—dijo ella con naturalidad—. Además, estoy realmente enferma, doctor.

—No me sorprende; con esa vida que usted lleva...

Cecilia esgrimió todas sus armas para arrancar una sonrisa del doctor, sin lograrlo, para martirio suyo.

La actitud del doctor era compleja en aquellos momentos: necesitaba el tiempo para otras cosas más urgentes, y en cambio no se atrevía a repetir a Cecilia que se marchase de su casa, en la que no tenía entrada más que el dolor, para aliviarlo.

Cecilia, que estaba convencida de sus dotes de maga, abusaba de la consideración del cirujano, y éste, de pronto, estableciendo una

comparación entre ella y otra mujer que había conocido... y amado, ensimismóse en la contemplación de la fotografía de la segunda, que ocupaba el sitio de honor encima de la mesa de trabajo.

Cecilia sorprendió al doctor mirando dicho retrato, y preguntó atolondrada:

—¿Su novia?

—Sí. Ibamos a casarnos, pero se murió—dijo él, apenado.

Cecilia, cual niña mimada enojada, se separó del doctor para ir a ocultar su rostro en un rincón.

Resueltamente, Cecilia quería demostrar al doctor que le amaba; mas él no se dió por aludido, absolutamente persuadido de que como con otros, la Circe quería jugar con su alma.

Para dar más pie al doctor a dejarse tentar, Cecilia fingió un desvanecimiento, y cuando él la recibió en sus brazos, recobróse ella en el acto y le ofreció suavemente sus labios que temblaban de deseo.

Fué por de más. El doctor, absorto en sus ideas y principios, no se ocupó de la mujer, sino de la enferma, que realmente Cecilia lo

estaba, aunque ella lo ignorase de cierto, y dijo con acritud:

—Esa vida de agitación incesante la está matando a usted.

El reproche hirió a Cecilia, que, indignada, replicó:

—Empiezo a sospechar que usted no tiene el mejor concepto de mí.

—En efecto; no le tengo, señorita.

Cecilia ahogó un grito en su garganta, pero recordando que era una mujer sin corazón, miró con soberbia al cirujano, se dirigió a la puerta, y desde la misma le provocó:

—¿Qué cree usted que dijo Circe al verse desdeñada por Ulises?

—No me interesa saberlo, señorita.

—¡Bah! Adiós... Ulises.

Y tras la maga, la hechicera, se cerró la puerta, llamando poderosamente la atención de la clientela del doctor la precipitada salida de Cecilia, que se marchaba como una exhalación, terriblemente nerviosa.

El doctor olvidó el incidente para ocuparse de sus enfermos, pero, en su ánimo había de-

jado huellas de su paso, el perfume de la coqueta.

Desde aquel momento, considerándose infinitamente pequeña por no haber podido conquistar al hombre que la trataba con tanta indiferencia, Cecilia decidió vengarse aun más en todos los demás hombres que se dejarían cortar una mano por su posesión. ¡Oh, qué desequilibrada estaba la vida para ella!

Y resolvió ahogar sus tristezas, que eran dolorosísimas.

Pero a Cecilia le era imposible hallar el olvido aunque lo buscara en la única forma en que estaba acostumbrada a encontrarlo: en fiestas, orgías y en el juego.

No conseguía olvidar nunca, y se repetía sin cesar que todo su poder de encantadora se desmoronaba ante su fracaso con un solo hombre.

—Si lo tengo todo, todo... y no tengo nada... ¿por qué soy yo quien soy?—se lamentaba.

Tenía razón. No le faltaba nada... y le faltaba todo.

Ese todo era el cirujano, la pasión in correspondida, el desdén atroz.

Una de las noches de fiesta en su casa, Cecilia se encontraba más triste que otras veces.

“Madame” du Selle, vestido de media mujer y de medio hombre—disfraz ¡ay, hija! que le sentaba a maravilla—, bromeó con ella en compañía de otros invitados, tan borrachos como él, entonando himnos a la gloria de Circe.

Rióse Cecilia como una autómatas, y Craig, más sentimental que nunca aquella noche, la cogió en sus brazos para bailar y le declaró su loca pasión, instándola a corresponderle.

—¡Cecilia, yo la adoro a usted!

—Vamos, Craig, no sea usted tonto. ¡Dice usted unas cosas!

—¡La vida sin su amor es para mí un carga intolerable!

—No se ponga usted tan trágico. Con esa cara está usted muy feo.

—¡Le estoy hablando con el alma, Cecilia!

—Cambie el disco ya, que me está usted aburriendo.

—¡Cecilia, Cecilia!

—Pero, Craig, ¿por qué pedirme más de lo que os doy, si sabéis que más no os puedo dar?

—Yo quiero su amor.

—¡Mi amor? ¡Cállese! Es usted un chiquillo.

Blas, que espiaba a Cecilia, dispuesto a separarla de Craig si éste insistiera demasiado en ponerse ridículo con ella, sacó unos dados del bolsillo, y organizó una partida de juego.

Los músicos negros del *jazz-band* cesaron de tocar apenas Blas enseñó los dados. Uno de aquéllos vacióse los bolsillos y reunió algunas monedas, para jugárselas con cualquiera. Sus compañeros también estaban alucinados por la visión de los cuadritos con picos negros, y a buen seguro que se dejarían tentar para probar suerte.

—Juego mil pesos—dijo Blas.

Cecilia, que había acudido al lado del bolsista, dobló la apuesta:

—Yo juego dos mil.

Los negros casi se cayeron de espaldas. ¡Dos mil pesos! ¡Una fortuna!

Blas aceptó la jugada.

—“Tío Juanito”, déme un cheque—dijo Cecilia a su administrador.

—No hace falta el cheque—indicó Blas—. Basta con la palabra de ella.

Se hizo la jugada. Perdió Cecilia, sin inmutarse.

Luego:

—¡Juego diez mil pesos!

Blas, al tiempo que los negros se horrorizaban de modo tal que acaso se volvieran blancos del susto, reflexionó breves instantes mirando fijamente a Cecilia.

—Vamos, ¿quién dijo miedo?—insistió ésta.

Blas aceptó... y ganó otra vez.

Cecilia, no resignada a soportar esa pérdida, sino decidida a recuperarlo todo, siguió apostando.

—¡Cuarenta mil pesos!—gritó.

Blas se asombró, y volvió a reflexionar, o lo fingió, pues desde aquel momento ya estaba seguro de que la suerte le favorecería aquella noche.

Craig, que presenciaba las jugadas desde un rincón, sacóse un revólver del bolsillo, presto a matar. Preveía la ruina de Cecilia... y ¿cómo podría salvarla él, si Blas sería capaz de ofrecérselo todo a cambio de ella?

El "tío Juanito", alarmado, llamó al orden a la jugadora:

—Mejor será que se mida usted un poco, Cecilia, porque con ese modo de apostar no hay quien no se arruine.

Y hablando de ese modo hacía el balance de las existencias en el Banco, muy reducidas, por cierto, de un tiempo a aquella parte.

Pero Cecilia siguió jugando. Perdió también los cuarenta mil pesos, y otras apuestas de dinero.

Los músicos ya no tenían ni fuerzas para levantarse. La emoción los había aniquilado por completo. Lo propio les había sucedido a los demás, que seguían los incidentes del juego tendidos en el suelo, con caras de idiotas.

Cecilia estaba también tendida en tierra, apoyándose en sus codos, como ciega. Perdía y deseaba seguir perdiendo. Y así fué.

En efecto; dominada por la fiebre del juego, Cecilia apostó y apostó hasta que, de cuanto poseía en efectivo, joyas y objetos de valor, sólo le quedaba la casa en que vivía.

Blas ganaba todas las jugadas.

Y también Cecilia se jugó su casa, a cambio de todo lo que Blas había ganado.

El bolsista no se arredró, y aquella última jugada fué angustiosa para todos.

Los dados rodaron por el suelo con una fortuna inmensa en su seno... y ganó Blas.



Cecilia estaba también tendida en tierra, apoyándose en sus codos, como ciega.

Cecilia estaba arruinada.

Craig había querido suicidarse, pero desistió de su locura, abrigando aun la esperanza de lograr acercarse, como siempre lo había querido, a Cecilia.

Cuando todos pensaban que ésta iba a darles una desagradable escena por sus enormes pérdidas en el juego, Cecilia, con el atolondramiento que la caracterizaba, propuso la conti-



...dominada por la fiebre del juego, Cecilia apostó y apostó hasta que, de cuanto poseía en efectivo, joyas y objetos de valor...

nuación de la fiesta.

—¡Vamos, señores, a la mesa! Aquí no ha pasado nada.

Pero se corrigió de pronto, recordando que ya no mandaba en su casa.

—Es decir, si el nuevo dueño no tiene inconveniente.

Blas sonrió a Cecilia, y ya en el comedor, cuando ésta se disponía a beber una copa de champaña, aquél, insinuante, murmuró a la bella:

—Todo lo que usted ha perdido será suyo nuevamente sólo con que diga una palabra.

Cecilia consideró las cosas en su justo punto, y vió en Blas al hombre ruin que acecha su presa hasta que la necesidad obliga a ésta a echarse a sus pies suplicante de piedad. Las palabras que escribiera un día en su confesionario: "La vida es una farsa, y la bondad y el amor palabras con las que nos engañan de niños", brotaron en su mente, y dijo, repugnándole la vida:

—La felicidad es como las burbujas de espuma; basta tocarlas para que dejen de existir.

Y crispando sus dedos alrededor de la copa de cristal, rompióla en mil pedazos, manando en el acto varios hilos de sangre.

La herida era bastante grave. Se pensó al momento en el doctor Van Martyn, que acudió sin tardanza, pero sin precipitación. En el ros-

tro del cirujano no se reflejó la menor emoción cuando le enteraron de la herida de Cecilia. ¿Era que no sentía por ella el menor interés? A juzgar por su actitud en aquella ocasión, consideraba a la hermosa mujer como un cliente más al que sólo le ligaba el deber profesional.

La presencia del cirujano en la casa de la Circe, fué un consuelo para los invitados, a pesar de que no daban al hecho la importancia que tal vez podía tener.

Blas y Craig estaban pendientes con la mayor ansia del diagnóstico que daría el doctor.

Al ver a Van Martyn, Cecilia, con irónica entonación, comentó:

—Vaya, doctor, ¿conque al fin vino usted a visitarme?

El cirujano, mirando compasivamente a Cecilia, puso manos a la obra, en seguida, para evitar que penetrase en la carne algún trozo de cristal.

Examinada la herida con la mayor atención, el sabio preguntó si había en la casa alguna mujer.

—¿Por qué lo dice usted, doctor?—quiso saber Cecilia.

—Porque temo que la cura sea un poco dolorosa.

—No será la primera vez que me hacen padecer. Adelante—respondió Cecilia con entereza.

Pidió un cigarrillo. Encendiólo. El doctor empezó su trabajo con sus delicados instrumentos. Abrió con ellos las heridas, para desinfectarlas, y Cecilia soportó la operación con admirable energía, fumando cigarrillo tras cigarrillo para darse vigor con la excitación.

Después de la cura, realizada por el doctor y un eriado de Cecilia, aquél recomendó a la herida, cuyas fuerzas había agotado el dolor:

—Le aconsejo que se retire a su habitación a descansar.

Pero Cecilia, que había visto aun más confirmados los desdenes del doctor, que no tuvo para ella ninguna frase dulce, de hombre a mujer, sino de doctor a paciente, y completamente mareada, desobedeció su orden.

Reunióse ella con sus adoradores, y pidió música, y un poco de champaña.

Llenáronle una copa.

—¡Brindo por el gran doctor de los buenos consejos!—dijo locamente. Y añadió—: ¡Música, música, quiero bailar!

Craig recibió a Cecilia en sus brazos, pero Blas, codiciando a la maga sin poder resistir más su tentación, apartóla de su rival, diciéndole al empujarlo:

—Esta casa y todo lo que hay en ella me pertenece.

Cecilia forcejeó con Blas, para librarse de su garra, y como el bolsista no la soltara, y Craig intentara disparar su revólver sobre su enemigo, el cirujano, impulsado por su espíritu de caballero, salió en defensa de ella, mientras otros detenían al obcecado joven.

—¡Cecilia no le pertenece a usted, miserable libertino!—exclamó separando a Blas de la ofendida.

Cecilia huyó hacia el parque, a que la diera el aire pues su cabeza amenazaba explotar.

Blas quiso hacer frente al doctor, mas depuso su actitud agresiva ante la firmeza con que él se aprestaba a recibirlo, y gracias a los demás.

Van Martyn cerró su maletín y marchóse de aquella casa, dirigiendo un reproche a todos los que estaban en ella:

—¡Y se llaman ustedes hombres!

En el jardín, Cecilia salió al paso del doctor.

—¿Quedó herido alguno?—preguntóle trémula de emoción.

—No. Pero si así fuese, usted sería moralmente la responsable.

—¿Por qué achacarme a mí la responsabilidad? ¿Acaso tengo yo culpa de que ellos sean como son?

—Usted halaga deliberadamente las malas pasiones de esos hombres.

—¿Yo?...

—Las mujeres como usted emponzoñan todo cuanto tocan.

—¡Oh! ¿Por qué tiene usted una idea tan horrorosa de mí?

—¿Y por qué se preocupa por la idea que yo pueda tener de usted?

—Porque... le amo. ¡Sí, le amo!

—¿Qué saben usted ni las mujeres como us-

ted lo que es el amor? En boca de usted, la palabra amor es una blasfemia.

Cecilia ahogó el dolor en su garganta, y huyó del lado del cirujano, para retirarse a su habitación y llorar en ella sus errores.

Blas, que la esperaba, la detuvo por un brazo en la escalera, y le dijo, sin reparar en los demás:

—¿Se ha decidido usted a ser razonable?

—¡Suélteme!

—¡Usted está enamorada de ese médico que se mete en lo que no le importa!

—Ese médico es un caballero al que usted no es digno de nombrar siquiera. Jamás debí tratar con hombres como usted. ¡Son peores que cerdos!

—¡Cecilia!

—¡Qué asco!

Y, loca de amargura, desapareció hacia su habitación, donde anegóse en lágrimas de arrepentimiento.

Durante toda la noche el doctor se esforzó inútilmente por ahuyentar la imagen de la mujer que le ofreció su alma dolorosa, atormentada, desnuda, y a la mañana siguiente se

presentó en su casa, so pretexto de enterarse de su estado.

El "tío Juanito" acababa de saber que Ce-



—*Ese médico es un caballero al que usted no es digno de nombrar siquiera.*

cilia se había ido dejándole la siguiente carta dirigida a su nombre:

Me voy muy lejos, adonde nadie pueda en-

contrarme ni saber más de mí. Venda todo lo que aun me pertenece; pague mis deudas y guarde para usted lo que sobre. Adiós y buena suerte, leal amigo mío.

Cecilia.

El viejo abogado sintió una pena muy honda por la desaparición de Cecilia, y unióse a la misma la del doctor, que al fin había sabido leer la verdad de la vida de la desdichada mujer.

Cecilia buscó instintivamente el amparo de los muros entre los cuales transcurrieron sus primeros años.

Y refugiada en la piedad, trató de olvidar un amor sin esperanza.

Su consuelo eran las niñas que iban al convento, como ella muchos años atrás, a aprender cosas buenas.

Se había convertido en maestra, y era querida de todas a cual más.

Una vez, una niña levantóse de su sitio y fué a decirle:

—Señora maestra, María ha vuelto a escaparse.

La chiquilla en cuestión se escapaba muy

a menudo, y con mucha paciencia trataba Cecilia de corregirle su rebeldía.

Aquella vez también fué a buscarla, personalmente, a la plazoleta del convento, y a po-



—*Señora maestra, María ha vuelto a escaparse.*

cos pasos de ella la llamó.

En aquel momento un *auto* apareció en mitad de la calle, y Cecilia, temiendo que la criatura cometiese la imprudencia de moverse, se adelantó a ella y la empujó, pero con tan

mala fortuna que, salvando a la niña, fué atropellada en las piernas por el coche, que se dió a la fuga.

De resultas del accidente, Cecilia permaneció largos días privada de todo conocimiento.

Entretanto los que la amaban—el “tío Juanito” y el doctor—buscábanla con incesante e inútil empeño.

Varios agentes de investigaciones particulares se ocuparon de indagar el paradero de Cecilia. Vano esfuerzo el de todos. La desaparecida no daba señales de vida.

Así las cosas, un buen día, jugando el doctor con el perro de Cecilia, éste llevó a su amigo en su boca el Diario que ella arrojara aquella noche de la fiesta a la que asistió el cirujano, y que quedó oculto entre las ramas de unos arbustos.

—¿Qué me traes aquí? ¿Quién te ha dado esto?

Van Martyn abrió con curiosidad el libro manuscrito, y recibió una gran sorpresa al leer en la primera página del mismo esta indicación:

Este libro pertenece a Cecilia Brunner.

Lleno de alegría, el doctor hojeó el Diario y la página en que sus ojos cayeron como de milagro, fué la siguiente:

¡Quién sabe lo que me reservará el porvenir! La hermana Agata me dijo hace algunos años que el convento del Sagrado Corazón tendría abiertas siempre sus puertas para mí. ¿Volveré a Nueva Orleans?

Dios no abandonaba a su pobre sierva, y a Dios elevó sus plegarias el bueno del doctor:

—¡La he encontrado, gracias, Señor, al fin la he encontrado!

Porque Van Martyn estaba seguro de que Cecilia se había refugiado en el remanso de paz que le había ofrecido siempre el convento de las hermanas.

El "tío Juanito" también participó de la opinión del doctor, y juntos fueron al encuentro de la que ansiaba redimirse de su vida de artificio.

La noticia del accidente de que había sido víctima la infeliz, desgarró el corazón de sus amigos, que esperaron con inenarrable angustia el resultado de la operación a que tuvo que ser sometida.

Llegó el momento decisivo; los médicos no se atrevían a asegurar si la paciente podría volver a andar o no.

Cecilia, acompañada, en su dormitorio, del doctor y su ayudante, esperaba, sentada en un sillón, con la vista perdida en la nada, el instante en que se le ordenaría que probase de andar.

Se reflejaba en el rostro de la hermosa mujer, la resignación de las mártires. No reprochaba nada a nadie. Perdonaba a todos, y sólo deseaba una compensación: ser perdonada.

El ayudante preguntó al médico:

—¿Le parece a usted que deba esperarse un poco más, doctor?

—No, no. Yo también ardo en deseos de ver el resultado de la operación. No creo que convenga esperar más. Si ella ha de poder andar, debe hacerse el ensayo ahora para aprovechar la disposición favorable de ánimo en que hemos procurado ponerla.

Y el doctor, con palabras cariñosas, puso en pie a Cecilia, y le dijo, disponiéndose a hacer la prueba:

—Ahora vamos a verla a usted andar como si no le hubiera sucedido nunca nada.

La infeliz trató de dar unos pasos, pero sus



La infeliz trató de dar unos pasos, pero sus piernas cedieron al peso de su cuerpo...

piernas cedieron al peso de su cuerpo, y cayó en los brazos de los que vigilaban sus movimientos.

El doctor frunció el ceño temiendo un fracaso de la ciencia para con Cecilia, y en tan doloroso momento se presentó ante ellos el cirujano Van Martyn, cuya impaciencia por ver



Y, al fin, dejóse caer en los brazos amantes del hombre adorado...

a Cecilia sana y salva había roto las vallas de la prudencia.

—¡Cecilia!—exclamó tendiéndole los brazos como para darle valor para andar.

Ella abrió los ojos con gran emoción, y tendió sus brazos a él.

—¡Ven, amor mío!—prosiguió el cirujano.

Cecilia, tambaleándose echó a andar con vehementes ansias de alcanzar a Van Martyn.

El otro doctor y su ayudante contemplaban atónitos el milagro que su buen desco no había podido realizar un poco antes.

Cecilia lloraba a cada nuevo paso que conseguía adelantar con firmeza.

Y, al fin, dejóse caer en los brazos amantes del hombre adorado, que unió sus lágrimas a las suyas.

—¿Estoy soñando, o es verdad que estoy en tus brazos?—preguntó con la dicha en la mirada la mujer que tanto sabía de los sufrimientos humanos.

Van Martyn estrechóla con más fuerza contra su pecho, y le respondió, adorándola:

—¡Es verdad, mi vida! ¡Y en ellos has de estar toda la vida!

Y así venció el gran amor, el amor de los amores.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela exige usted la postal-obsequio de

HAROLD LLOYD

Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica.—Barcelona

Próximo número

la preciosa producción PARAMOUNT,
que cautivará a todos por su admirable
asunto basado en la realidad de
las familias:

La irresistible Lulú

Creación de los grandes artistas
Loïs Wilson, Milton Sills,
Theodore Roberts, etc

EXITO INDISCUTIBLE

Postal-obsequio: EVA MAY

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes en toda España.

Precio: 30 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Meluhan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chiquilín	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	María Jacobini
6	Una niña a la moderna	Jaque Catelain
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Ginette Maddie
12	El ciclón	Rod La Rocque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Mentira amorosa	Lois Wilson
16	La Ciudad del Silencio	Charles Ray
17	La princesa de bronce	Enid Bennett
18	La chispa	Jack Pickford
19	Oh, mujeres mujeres!	Lya Mara
20	El Delirio del Jazz (especial)	Harry Liedtke
21	El fin del mundo	May Mac Avoy
22	El juego de la Novia	León Mathot
23	Pasó la juventud	Mary Philbin
24	La Medalla del Torero	Owen Moore
25	Gracias a ellas	Betty Bronson
26	Los zapatitos de la suerte	Rodolfo Valentino
27	Eclipse de estrellas	Theatrice Joy
28	La justicia del Zar	Georges Biscot
29	El error de una madre	Mae Murray
30	Más fuerte que el odio, el amor	Ramón Novarro
31	La nieta del Búho	Estelle Taylor
32	Las víctimas de la maledicencia	Hoot Gibson
33	El mudo acusador	Anita Stewart
34	El viro	Aberto Capozzi
35	El Pirata	Mabel Normand
36	La encantadora Circe (especial)	Harold Lloyd (Él)

AYER APARECIÓ

el número 12 de la original
publicación semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

La Novela Intima
Cinematográfica

Contiene la biografía del sim-
pático artista

DOUGLAS MAC LEAN

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.

SUMARIO del primer número de

AYER Y HOY

Interviú con SAMITIER, por María Luz Morales.

El peligro revelador (novela corta), por L. Watson.

La tabla de salvación (diálogo teatral), por La Bouquetière.

Por los caminos del mundo: La influencia de la barba en los destinos humanos.—Curiosas leyes de los yankis.—Una mujer de palabra, etc.

Cartas de amor, por H. de Balzac.

CONCURSO DE CARTAS DE AMOR: Un premio de diez libras esterlinas para la carta mejor escrita.

Sección gráfica: Ocho páginas.—**UNA MAÑANA EN LA RAMBLA DE LAS FLORES.**

De la vida frívola: **EL INVENTOR DE LA MELENITA.**

Novela cinematográfica.—Visitando cines.—Modas.—Teatros.—Libros.

DEPORTES: El capitán del «Tarrasa» hace manifestaciones llenas de interés a los lectores de AYER Y HOY.

Corazones de hielo (novela de aventuras), por James Oliver Curwood.—Página infantil.—Cuentos.—Caricaturas.—Amenidades, etc., etc.

Tal es el sumario del primer número de

AYER Y HOY,

revista popular ilustrada que se pondrá a la venta el próximo día 6 de Octubre.

¡76 páginas!

¡40 céntimos!

